

www.elboomeran.com

Aidan Higgins
**RECUERDOS DE UN PASADO
QUE SE DESVANECE**

TRADUCCIÓN DE CARMEN TORRES GARCÍA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Scenes from a Receding Past*

© Aidan Higgins, 1977
© de la traducción, Carmen Torres García, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-16-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-150-2015
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Este libro está dedicado a mis hijos

Carl Nicolas

Julien John

Elwin James

PARTE I

Debería gustarme haber oído, como finalmente así fue, aquellos murmullos que hacían los pueblos por la mañana y por la tarde, y aquel otro murmullo que, junto con los recuerdos de la infancia, hacen las voces en nuestro interior cuando sabemos que ya no volveremos a oírlas más, las voces de los muertos.

Yves Berger, *Le Sud*

No añoro el mundo tal y como era en mi niñez. No añoro la persona que era en aquel mundo. No quiero ser la persona que soy ahora en aquel mundo de entonces.

He estado examinando retales de mi infancia. Son pedazos de una vida lejana que no tienen ni forma ni sentido. Son cosas que simplemente ocurrieron, como las hilachas.

Richard Brautigan, *Revenge of the Lawn*

CAPÍTULO I

Figuras lejanas

Tengo tres años. Alguien guía mi mano. La mano escribe: «Yo soy DA✓».

Yo soy Dan.

La misma mano grande y sin vello que ahora sujeta una cucharilla de postre me acerca la papilla de avena a la boca. Mi boca es pequeña, trago poco. Tengo hambre, saboreo la harina de avena templada, la leche cremosa, el azúcar moreno; todo se disuelve en mi interior. Es invierno. Los días suelen ser fríos. Por las mañanas, la cocina está fría. La vieja señora Henry es nuestra cocinera. Parece una gallina.

Se parece a Blanquita, la gallina pinta. Wally dice que cuando Blanquita cloquea, el ruido que hace significa «años-que-se-han-ido». Wally es mi hermano.

Cuando las astillas de madera prenden en la estufa y el carbón se enciende, las llamas se elevan por el tiro. A veces el borde de la cuchara me corta el labio. Mi boca es demasiado pequeña para la cucharilla de postre. La cuchara toca el borde del plato y luego se dirige a mi boca. ¿Por qué toca el borde del plato antes de llegar a mi boca?

El plato de la papilla tiene el borde grueso. En el fondo hay un dibujo. A medida que la papilla desaparece, va emergiendo la imagen. Siempre la misma

imagen, la misma pareja. Él, flaco e intentando huir; ella, gorda y persiguiéndolo con un rodillo de cocina. A veces me engañan. Soy demasiado impaciente y tengo que esperar a que se hunda la cuchara, controlada por la gran mano sin vello. Y entonces creo que se trata del dibujo equivocado o del plato equivocado, de otro plato... pues aparece la imagen de siempre, pero vista desde un ángulo diferente, al revés o de lado: Jack Sprat,¹ flaco y asustadizo, perseguido eternamente por su mujer, gorda y furiosa.

La mano que me acerca la cucharada de papilla a la boca pertenece a Gina Green. Gina (Geena) Green es de Dromore West. Su abuela aún vive, pero es muy vieja. Gina no es su verdadero nombre. No sé pronunciar su verdadero nombre. La llamo Geena.

Es mi niñera y la de Wally. Wally es mi hermano mayor. A él no le gusta Geena Green. A mí sí.

Mi padre me tiene en brazos junto a la ventana y me señala las maravillas del mundo exterior: una cabra en un árbol, peces que sobrevuelan una pradera, barcos de vela que desaparecen entre las nubes. Yo me revuelvo en sus brazos girando como una peon-

¹ Jack Sprat es un personaje de una nana de tradición inglesa que data al menos del siglo XVII y que, al parecer, hace referencia al rey Carlos I y a Enriqueta María, su esposa. Una de las versiones dice así: *Jack Sprat could eat no fat. / His wife could eat no lean. / And so between them both, you see, / They licked the platter clean* [«Jack Sprat no comía grasa. / Su mujer no comía magro. / Así que, entre los dos, como ves, / rebañaban el plato»]. (Todas las notas son de la traductora.)

za, pero siempre me pierdo el barco de vela escondido entre las nubes, la cabra escondida entre las hojas y el pez volador escondido en el prado. Lo único que veo son nubes, primulas en la pradera y un árbol que se agita.

—¡Ah, *pa!* ¡Ah, *pa!* —grito, retorciéndome y caracoleando en sus brazos. Mi padre echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Huele a brillantina y a aceite de linaza y lleva el copete peinado con la raya en medio.

—¡Mira! —exclama—. Allí, Dan. ¿Lo ves?

—¡Ah, *pa!*

Dibujo hombres-palote con líneas rectas por brazos y piernas, un círculo por cara, pelos como de escoba y expresiones vacías en sus caras de luna.

Me voy a dormir con el gato negro entre las piernas. Michín se mete sigilosamente bajo las sábanas y se convierte en mi bolsa de agua caliente. El cuarto está frío. Wally rechina los dientes mientras duerme. El viento del Atlántico remece y hace traquetear las ventanas; las persianas venecianas se mueven, agitadas. La casa va a la deriva, Nullamore ha soltado amarras, el gato negro duerme en el recodo de mi brazo, sus bigotes y su ronroneo me hacen cosquillas en la cara. Tiene cara de tigre. Fuera, el viento aúlla. El Atlántico se está haciendo trizas. Pienso en marineros perdidos.

—¿Tienes cosquillas?

—No.

–No te creo –dice mi tía la efusiva. Me clava sus dedos insistentes; unas manos fuertes y eficaces me torturan–. ¿Y ahora? ¿Tampoco? ¿Que no tienes cosquillas? –Yo me caigo del sofá, me retuerzo como una serpiente en la alfombra y me hago pis. Mi tía la efusiva está por todas partes, haciéndome cosquillas, riéndose. Yo estoy tendido en la alfombra. Una cara extraña y divertida me observa. Tía G. es una famosa amazona.

Enciendo una cerilla por casualidad con los dientes. Arde dentro de mi boca.

«Honrarás a tu padre y a tu madre», escribo.

Dos capas distintas de nubes blancuzcas se aproximan lentamente por encima del bosque y entre ellas asoma la temprana luna de septiembre, casi llena. Junto al bosque, en un campo, jugadores de críquet, con pantalones de franela más blancos que la luna, más blancos que las nubes sucias, disputan un partido. Se mueven como autómatas. Por encima de ellos, las nubes se van acumulando poco a poco. La luna desaparece. 7,15 de la tarde. 2 de septiembre de 1930.

¿Qué quiere de mí esa caterva gris perla y muda que está ahí de pie, apiñada, contemplándome? ¿Son mormones? A veces aparecen en mis sueños, retorciendo sus manos nervudas, mirándome con ojos afligidos. Detrás se alzan inmensos bancos de nubes. ¿Temen una tormenta de arena? Un puñado de granjeros sucios sin tiempo para leer. *Mormones...* hasta el

nombre parece raro. Se quedan ahí plantados, mudos, en el gris perla apagado de la tarde acechante, observándome.

Veo las piernas de un gitano sobresaliendo de un bidón en el camino desierto. ¿Los gitanos viven entonces en bidones de alquitrán vacíos? Un fuego arde en el arcén de hierba. Ropa hecha jirones, andrajos, cuelga del arbusto. Una gitana me mira.

—¿Quién quiere un paseo a caballito? —pregunta mi padre, de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo.

Me monto en su espalda. Es un elefante. Estamos en la India. Me agarro a sus enormes orejas; él barrita y mueve la espalda. Me tira por detrás del sofá de una sacudida. Ya no es un elefante, sino un potro salvaje. Soy un vaquero.

El tiempo pasa en Dromore West. Un fuerte viento del Atlántico hace traquetear las ventanas.

El Atlántico es un océano. Geena Green me enseña el abecedario. Escribe: «El gato saltó de debajo de la cama y me mordió». Lo copio a petición suya; su mano sujeta la mía.

Escribo: «Sé nadar como un pez en el mar». Y en otra página: «El hombre estaba fumando en la playa».

Geena nos lleva a la playa de Bundoran. Ella no se quita la ropa ni se baña. No sabe nadar, así que se limita a pasear por la orilla. Tengo miedo del océano y de sus olores. Huele a inmensidad, a oscuras algas

enredadas y a desamparo. El Atlántico está lleno de hombres y mujeres ahogados, niños incluidos. Observo a Geena y me asalta la preocupación. (Es una expresión que usa mucho mi madre... «toda preocupación».)

Observo a Geena Green mientras pasea por las arenas de Bundoran. Es grande y fuerte. Pero el océano es inmenso. El mismo olor del aire es tan fuerte como el de las sales que mi madre guarda junto a su cama en una botella verde oscuro con tapón de cristal.

Lizzy Bolger se empolva la cara, se pinta los labios de rojo y me besa en la mejilla. Huele raro. Geena huele bien. Mi madre siempre huele bien.

Tengo las orejas congeladas, los ojos me lloran. Voy de la mano de Geena Green, hago lo que me dice. Las piernas me escuecen por donde me rozan los pantalones cortos. El viento me atraviesa. Antes de meterme en la cama, me arrodillo y rezo: «Angeldelaguarda dulcecompañía nomedesampares ni denochenidedía nomedejesolo quesinti meperdería Amén». Geena dice «Amén» y me arropa añadiendo: «Que duermas bien». Oigo el inmenso Atlántico rugir y desgarrarse en la costa y a Wally roncar en la cama de al lado.

Después, ya es de día otra vez. Nueve mirlos vuelan alrededor de la habitación.

Escribí: «Erase una vez dosombres llamados laurel i jardi estaban todo el dia peleando». Y: «Abia una criatura horrible que se comia la jente». Escribo: «Pito-pito gorgo rito echa las bacas a veinte cinco i los gueis aveinti seis poraqui paso elijo del rei a todas las da-

mas combido menosuna que deajo el mortero la cuchara zampa tostar y acostar *tu* por tu que fuiste *tu*».

–Muy imaginativo –dice Geena Green.

Su madre es una mujer alta, seria y de cara larga que está plantada con los brazos cruzados en la entrada de su casita sin quitarle el ojo de encima a todo el que pasa por la calle. La abuela de Geena Green es una viejecita cascarrabias con la cara arrugada. El oscuro pasillo está lleno de bicicletas. Todos viven en la cocina, una habitación oscura. A Geena le escribo: «Me da un veso no me da un beso no me da un beso». No se lo enseño, lo escondo bajo mi almohada. Geena me dice que estoy mejorando mucho.

Escribo: «En el oseanoatlan tico avia una sirena...». Geena mira por encima de mi hombro y sonrío.

–Sí –dice–. Y luego, ¿qué pasó?

Escribo: «... entonces un día vino una tormenta que arastro a la sirena a la plalla donde vivía un rei que era el ijo de los dioces y entonces avia una reina buena un día tuvieron un niño».

Nuestro coche es un Coatlen-Hillman con ruedas de radios y neumáticos macizos. Mi hermano Wally es un niño bueno. Hace lo que le dicen. Es dos años mayor que yo. Yo no hago lo que me dicen. Majo la cama. Escribo con garabatos: «Deciden robar a la prinsesa Philadelphia y repartirse el dinero. Le ponen clomoforno a la prinsesa Philadelphia y el rey Edward termina pagando 3.0000000000 rupias».

Es de noche. Tengo hambre. No me gusta Dublín, esa ciudad lejana. El autobús verde sale de los muelles. El río apesta. Me encuentro mal. El pelo, corta-

do y fijado con brillantina en Maison Prost, me atenaza la coronilla. En el autobús, me mareo. Me encanta Sligo y no quiero irme nunca de casa. Quiero a mi madre y a mi padre y a la vieja señora Henry y a Murray *el Jefe*, aunque no siempre.

Con un lápiz afilado y letra bonita escribo: «Algunos romanos de Pompeya empezaron a clavar lanzas en las bolas de lava». Escribo: «El gigante oyó reír al niño en las montañas». Y en otra página: «El sol sale lleno de colores y el hombre se levanta».

Wally pinta con acuarelas leones de color arena y tigres con rayas naranjas y negras que saltan con las zarpas abiertas sobre pequeños cazadores vestidos de caqui, con salacots y polainas; sus zarpas, y algunas veces sus cabezas, desaparecen en la nube de humo que sale del rifle. En una jungla llena de plantas trepadoras y de serpientes que se enroscan alrededor de árboles inmensamente altos, el mismo drama vuelve a repetirse, pero esta vez las bestias salvajes tienen menos espacio para saltar y los pequeños cazadores de caras bronceadas los matan a sangre fría.

«El gigante tenía una mano diminuta y pasó a mi lado», escribo a lápiz con primor. El sacapuntas es un pequeño globo terráqueo. Meto la punta del lápiz, le doy vueltas y, mientras el globo azul y blanco gira en mi mano, de él salen virutas rizadas. Me gusta el olor de la mina y de los lápices nuevos.

—Vas mejorando en ortografía —me asegura Geena Green.

Los viernes comemos pescado. Somos católicos. Los protestantes no comen pescado los viernes ni van a misa los domingos. Tienen una iglesia diferente, una campana diferente y un aspecto diferente a los católicos. Murray *el Jefe* se santigua antes de comer. Reza el ángelus. La vieja señora Henry y Lizzy Bolger rezan el rosario en la cocina. Lizzy Bolger es nuestra criada. Murray *el Jefe*, la vieja señora Henry y Lizzy son católicos. Vivimos en Sligo, pero yo nací en Dromore West.

Sligo es un pueblo gris atravesado por un río impetuoso, el Garavogue. En vacaciones, vamos a Mullranny y a Bundoran. Escribo: «Dan Ruttle, Nullamore, Sligo. Irlanda».

Escribo: «Se se se se se sede se pe se ar se Le, pe, ke, pe, le, he, se, de, se, be...».

—¿Y eso qué significa? —pregunta Geena Green.

—No sé. Son palabras.

—Pero tienen que significar *algo*, bobo.

—Significan algo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—Pues entonces...

Ya no quiero a Geena Green. No me entiende. Puede que nunca me haya entendido. Ahora quiero a Murray *el Jefe* y a Lizzy Bolger y a mi madre, pero no a Geena Green.

Mi madre me da un beso de buenas noches.

—Eres demasiado grande para llorar —susurra.

En lo alto, por encima de Nullamore, oigo el chillido húmedo de un zarapito. La enorme haya emite

su quejido profundo y persistente, chirriando en toda su extensión. Mi madre dice con voz cantarina:

*En la copa del árbol, mi niño, dormirás;
cuando el viento sopla, la cuna mecerá.
Al romperse la rama, la cuna caerá;
mi niño, la cuna y todo lo demás.*

—Que duermas bien —dice al salir. Ahora solo queda la luz de por la noche y el rechinar de dientes de Wally.

Murray *el Jefe* lleva un delantal de carnicero hasta los tobillos atado por detrás, manchado de sangre. Se pone polainas de piel sobre unas botas con punteras de hierro combadas hacia arriba. Se sienta en la cocina: un hombrecillo rechoncho que remueve el té que la vieja señora Henry le ha servido. Primero ella le echa leche y azúcar en la taza. Él lo vacía en un platillo y baja la cabeza para sorberlo ruidosamente como un perro cuando bebe. Luego, se seca el colgante bigote de morsa con un dedo y saca una pipa curvada. Sus dedos están manchados de tabaco y de sangre. Pica unas cuantas hebras de tabaco con su cuchillo desgastado.

El Jefe trabaja como matarife y recadero para Young *el Carnicero* y los sábados nos trae la carne para el asado del domingo. Sirvió en el ejército británico.

—*El Jefe* echa peste —dice Wally.

—Nunca debes decir eso de un pobre trabajador —lo reprende Geena Green.